

Carta de las catacumbas¹

CARTA 1983

Una llamada a las Iglesias

Tú que quieres ser un ser vivo, y no un semi-muerto, ¿lo sabes?

«La gloria de Dios, es el hombre vivo. La vida del hombre, es la visión de Dios»².

Con multitudes a través de la tierra, ¿darás tu confianza al Dios vivo? ¿Encontrarás en Él el sentido de tu vida y una alegría serena?

Cuando, en los creyentes, esta confianza desaparece, desiertos de escepticismo y de duda invaden amplias regiones del mundo.

Y he aquí que además, en estas zonas de aridez, algunos cristianos son desconfiados entre ellos, divididos por antiguos o por muy recientes conflictos.

Sí, encontrándote en el corazón de tales situaciones, vives ya reconciliado, te ocurrirá estar como en unas catacumbas donde rezarás: «Mi alma tiene sed del Dios vivo, ¿cuando le veré cara a cara?»³

Los cristianos del tiempo de las catacumbas sacaron su valor de lo más profundo del corazón de la fe. Sometidos a las más fuertes presiones, comprendieron que, para el Evangelio, el sentido de la existencia era el de «dar su vida»⁴.

Sí, el Evangelio sitúa ante una elección. O bien dar su vida, no algunos fragmentos, sino toda su existencia. O bien servirse a sí mismo y seguir su propia sombra, entre otras cosas, en la búsqueda del prestigio humano.

Imposible caminar sobre estos dos caminos a la vez. Elegir a Cristo Jesús supone no seguir más que uno. ¿Elegirás tú a Cristo?

Tú, comienza. Dale tu confianza. No esperes a que tu corazón haya cambiado: día tras día Cristo lo cambiará.

Cuando, a tu alrededor, las fuertes sacudidas, los desánimos, las dudas, parecen trastornarlo, todo, ¿disciernes una luz interior?

En el desierto del corazón, cuando las salidas parecen del todo cerradas, llega el momento en que inexplicablemente tú eres reenviado hacia lo único esencial: siguiendo a Cristo Jesús, estás ahí «para dar tu vida, para servir, no para ser servido»⁵. Nadie puede encontrar sentido más fuerte a la existencia ni mayor amor.

Entonces he aquí que se liberan en ti recursos ignorados. Ellos brotan inagotablemente. Y se abre la flor de desierto.

Tú que no quieres ser un semi-muerto sino un ser vivo, ¿lo has comprendido? El deseo del Espíritu, el deseo del Dios vivo, lleva a la vida y a la paz⁶.

Quizá dirás: ¿cómo tener el deseo de Dios sin conocerle todavía?

Abre la Escritura. Al Dios vivo se le discierne a través de Cristo Jesús, el Resucitado.

Con la sencillez de un corazón de niño, acércate a la Eucaristía. Poco a poco tú comprenderás.

Para recomenzar cada día de nuevo⁷, pon tu confianza en el Espíritu Santo. El habita en tu corazón⁸.

No te apoyes solamente en tu propia fe. Apóyate en los que te han precedido y en los que hoy te acompañan⁹.

Busca a Dios a través del perdón. Ocurre que te sientes demasiado culpable para creer en el perdón de Dios. Te dices: ciertamente Dios perdona a los otros, pero no a mí. No lo olvides: el signo absoluto de Dios es que, como todo amor, su amor es perdón¹⁰. Si te detuvieras en el temor de un castigo, ¿cómo podrías amarle?

La vida interior reemprende su curso cuando, perdonado por Dios, has perdonado a los otros. Hay una primavera del corazón para quien ofrece a los otros el perdón que Dios le ha dado.

Renunciando a mirar hacia atrás, arrojando en todo momento en el agua del Bautismo tu pasado y el de tu prójimo, vuelto hacia lo que está delante de ti, vive el instante¹¹. Sí, que hoy te baste; entonces se realiza dentro de ti un desarrollo que no terminará jamás, hasta la vida de eternidad.

Para buscar a Dios, vela y ora¹². Si piensas que no sabes rezar, ¿vas a renunciar por ello? Mantente ante El sin palabras. Y, si puedes, habla a Cristo Jesús con toda simplicidad, con toda humildad. Una sola palabra basta, sobre todo si sube de tus profundidades.

Rezando, te sorprenderás a veces al decir: «Mi pensamiento se pierde, mi corazón se dispersa». El Evangelio te responde: «Dios es más grande que tu corazón»¹³ En todo momento, abandónate de cuerpo y de espíritu. Confíale todo lo que te pesa. Atrévete a decirle: «Concédeme el darme». Con otros, cántale hasta descubrir el deseo de Dios.

Nadie puede separar oración y acción. No lucha o contemplación, sino la una con la otra, la una brotando de la otra¹⁴. El Resucitado te acompaña en todas partes, no solamente en la Iglesia, sino también en la calle, en el trabajo.

La contemplación: no para cerrar los ojos frente a todo lo que amenaza o ataca a los débiles de este mundo¹⁵, frente a ese pecado que es la guerra¹⁶. La contemplación es una fuerza serena que te trabaja y te penetra.

En tu vida de cada día, prepárate a ser fermento de reconciliación, y te resultará posible ser portador de una llamada¹⁷.

Una mujer joven nos inspira por lo que fue, Santa Catalina de Siena¹⁸. Amó a Cristo en la comunión de su Cuerpo, su Iglesia, este Cristo a veces abandonado, como un yacente al borde del camino. Ella amó a la Iglesia con un amor ardiente. Llena de valor y de espíritu de discernimiento, no llamaba a la Iglesia a un purismo cualquiera o a una perfección, sino a reencontrar el espíritu de unidad y a curar sus heridas.

Todos nosotros, jóvenes y viejos, somos parte integrante de esta comunión que es la Iglesia, y no podemos pedirle nada sin realizarlo también en nuestra propia existencia. Animados por un ardiente amor, nos atrevemos a dirigir

UNA LLAMADA A LAS IGLESIAS

Iglesia, llega a ser lo que eres en tus profundidades: tierra de seres vivos, tierra de reconciliación, tierra de sencillez.

Iglesia, «tierra de seres vivos», responde a nuestra espera.

Abre las puertas de la esperanza: ella irradiará como un sol de verano.

Abre de par en par las puertas de la confianza: ella superará la duda, la desconfianza, la vergüenza de existir.

Abre de par en par las puertas de la alegría, y la oración común será celebración de una fiesta que no tendrá fin.

Abre las puertas de una vida interior: el alma desbordante de amor atravesará las más grandes pruebas y los peores tormentos, ella franqueará los muros de amargura y de odio, y el miedo de su miedo... y esto para que dos sean no semi-muertos sino seres vivos.

Iglesia, sé tierra de reconciliación.

No dejarás más, nunca más, a Cristo descuartizado yaciendo al borde del camino.

Entonces la división de los cristianos en diferentes confesiones no se podrá ya sostener. El Evangelio los llama a ser miembros del Cuerpo de Cristo, no adeptos, partidarios e incluso patriotas de sus confesiones. Jesús rezaba para que fueran uno y, por ello, se hicieran creíbles al mundo.

No perderás ya ni un solo minuto en conflictos o en oposiciones entre cristianos, cuando violencias y ruidos de guerra se extienden por el mundo, cuando las naciones se levantan unas contra otras.

Haz todo lo que puedas para que las nuevas generaciones no sean más víctimas de las

rupturas antiguas o nuevas.

La reconciliación visible entre cristianos no soporta más retraso. Reconciliarse no para ser más fuertes contra cualquiera, sino ante todo para ser fermento de paz y de confianza en todas las naciones del mundo.

¿Serías indiferente a la invitación del Evangelio a «correr a reconciliarse», y a la palabra de Cristo «son impropios del Reino de Dios los que miran hacia atrás»?

Para darnos la posibilidad de vivir el hoy, Iglesia, sé tierra de perdón. «El mañana se preocupará de sí mismo».

Cuando tú eres tierra de reconciliación y de comunión, acudimos de todas partes.

Iglesia, sé tierra de sencillez.

Es necesario tan poco para acoger. Los medios más simples sostienen una comunión. Los medios fuertes dan miedo y apartan de la universalidad de la llamada de Cristo. Si organismos y administraciones de Iglesia dejaran, más que nunca, que su ministerio se trasfigurara por el fuego que brota de un corazón pastoral...

Dios te llamó a la alegría, no a la morosidad, a una gran simplicidad de medios, no a una severa austeridad. La creación artística, don de Dios, sostiene el asombro de un amor, alimenta la maravilla de la oración común.

Lejos de acumular, atreverte a compartir. La fe, la confianza en Dios supone el correr riesgos.

¿Olvidarías la aspiración de tantos jóvenes habitados hasta la angustia por la preocupación de la justicia, por la búsqueda de un compartir con las masas sumergidas en la miseria? La miseria no viene de Dios.

El injusto reparto de los bienes a través del mundo es una de las causas de conflictos armados. En el nombre de Cristo, no más guerras.

Iglesia, sé tierra de compartir para ser también tierra de paz.

P.D. Para concretar la llamada a las Iglesias

Viviendo ya reconciliado ¹⁹, eres parte implicada de la LLAMADA A LAS IGLESIAS dándole respuesta en tu existencia.

Sé fermento de reconciliación. En el Evangelio, la reconciliación es una dinámica de lo inmediato²⁰. Cada semana al menos, realiza, solo o con otros, una pequeña peregrinación de reconciliación. O incluso busca comprometerte en cualquier otro intento de reconciliación. Lo que importa es ser levadura en la masa: allí donde estás situado cotidianamente, y también en tu parroquia, en movimientos de Iglesia o en comunidades.

Reconcílate, el padre con su hijo, el marido con su mujer, el creyente con el que no puede creer, el cristiano con su hermano...

Si comienzas a tu alrededor, después estarás en condiciones de continuar lejos y estarás preparado para mantenerte en puntos neurálgicos de la familia humana.

Está dispuesto a escuchar a los que Dios te confía. Tú has recibido una parte más o menos grande de don pastoral para acompañarlos²¹. Por muy asombroso que esto parezca, transmitiendo Cristo a otros le comprenderás mejor tu mismo.

Escucha también a los que son diferentes a ti por la edad, el origen, las opciones²². Participarías en nuevas separaciones, si aceptaras que hubiera una Iglesia de jóvenes, o una Iglesia de clases, o una Iglesia de pobres, o una Iglesia de razas, o una Iglesia de las élites, intelectuales o de otro tipo.

Si rezas en un movimiento de Iglesia, un grupo, una comunidad, estate vigilante: que no haya repliegue sobre sí. Id juntos a reunirlos con la comunidad local, la parroquia, para sus celebraciones habituales. Intentad prolongarlas con la oración del canto, y se creará así un espacio de adoración ²³.

Con tu comunidad local o con movimientos de Iglesia, busca cómo poner en práctica la llamada a la reconciliación que contiene la «Carta de las catacumbas».

Si es posible reflexiona con responsables de la comunidad local, la parroquia, cómo compartir los bienes de la Iglesia no indispensables al ministerio, pero acordándote que la simplicidad de

los medios no puede conducir ni a una existencia llena de frío rigor, ni a ser jueces llenos de suficiencia; esto rompe la comunión. Lugares de acogida y despachos de Iglesia dejan a veces suponer grandes medios, aunque no los haya. Toman a menudo una expresión secularizada. Si su tarea es necesaria, ¿por qué habrían de ser a imagen de administraciones civiles? Toda relación administrativa en las instituciones de Iglesia pide transformarse e incluso transfigurarse en un intento de atención pastoral.

Algunas parroquias pueden juntas llegar a ser promotoras de paz y de justicia en su barrio. Pueden acompañar a los olvidados de la sociedad y a los sin voz, estar con ellos cuando sugieran soluciones para el barrio y transformaciones indispensables para la dignidad humana.

En tu trabajo, orienta tus aptitudes con vistas a un servicio, no a un prestigio humano. El «hacer carrera» aparta del espíritu de sencillez de las bienaventuranzas. Deja que se desarrollen tus propios dones: desear los de los demás te conduciría a descuidar los tuyos²⁴.

Lejos de acumular, simplifica continuamente tu manera de vivir. Comparte. El compartir bienes materiales supone también compartir bienes espirituales. Lejos de ser una asistencia, el compartir es don de sí. Que tu morada sea cada vez más una «casa de Nazaret»²⁵, del todo dispuesta en la belleza sencilla para recibir, para rezar e ir al encuentro de los otros.

Para contribuir a construir la paz mundial, acuérdate de que la paz se construye también en ti mismo. Llévala a tu alrededor, no en teoría, sino en lo concreto de las situaciones locales.

Entonces, abierto a las dimensiones del mundo, ¿cómo podrías olvidar a los más olvidados, a los que están privados de los derechos humanos fundamentales, encerrados en las prisiones políticas, torturados, sometidos a las injusticias, expuestos a las violencias de la guerra ?²⁶

Busca. Encontrarás lo que te es posible realizar.

Para que la llamada a la reconciliación se amplíe, unas peregrinaciones van a ponerse en marcha de un lugar a otro en cada continente. Ellas serán, desde ahora, las etapas de UNA PEREGRINACIÓN MUNDIAL DE RECONCILIACIÓN²⁷.

En este largo camino, tendremos dos ENCUENTROS MUNDIALES. Uno se hará primeramente en el hemisferio Norte en Taizé, del 3 al 7 de agosto de 1985, el otro se hará en el hemisferio Sur.

Con un corazón ancho como el mundo, ¿serás tú fermento de Evangelio, fermento de reconciliación?

Navidad 1982

1. Para escribir esta «*Carta de las catacumbas*», el hermano Roger, de Taizé, ha recogido las sugerencias de jóvenes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, y las de sus hermanos. Antes de que esta « Carta » sea llevada poco a poco, a través del mundo, al mayor número posible de responsables de Iglesia, el hermano Roger fue a Beirut para remitirla a varios patriarcas de Oriente y también para encontrarse con musulmanes. Fue en el Líbano donde el hermano Roger pasó la semana de Navidad, entre otras cosas para recogerse en comunión con el joven seminarista libanés de 25 años que mataron una víspera de Navidad cuando iba a reunirse con su familia. Presintiendo su muerte, este joven libanés había escrito antes de morir: «*Me veo muerto en el camino que lleva a mi pueblo. Si esto se verifica, digo a mi madre y a mis hermanas: no estéis tristes, nos reencontraremos. Perdonad a los que me han quitado la vida. Que mi sangre, mezclada a la de todas las víctimas que han caído, de todos lugares y de todas las confesiones religiosas, sea ofrecida como precio de la paz, del amor y de la comprensión que han desaparecido de este país y del mundo entero. Rezad, rezad, rezad y amad a vuestros enemigos* », El día de Navidad, en Beirut, el hermano Roger abrió la PEREGRINACIÓN MUNDIAL DE RECONCILIACIÓN (ver nota 27).

2. San Ireneo de Lyon. Pertenece a la tercera generación después de Cristo.

3. Sal. 42 (41).

4. Le. 9.24-25. El don de la vida se extiende en toda la existencia. Dar su vida, es también atravesar los acontecimientos más duros, las oposiciones, hasta el último aliento, no es forzosamente darla a través de una muerte violenta. Las fidelidades de toda una vida forjan al ser humano en el interior de sí mismo. Sin estas fidelidades, las audacias no son más que fuegos de paja y los riesgos por Cristo, efímeros. Estas fidelidades esenciales llaman a una fuerte vigilancia del corazón.

5. Mt. 20.28.

6. Rm. 8.6.

7. Es posible volver a empezar cada día: Dios no retira jamás sus dones ni sus llamadas (Rm. 11.29).

8. El Espíritu Santo habita las profundidades del ser humano. Pero, en la oración, sería artificial buscar el forzar unas manifestaciones del Espíritu, sensibles o afectivas. La oración personal no tiene más que raras veces una expresión fulgurante. El milagro está en otra parte, está en amar a Cristo sin verle todavía (1 P. 1. 8).

9. Apoyarse en la fe de los otros, esta antigua oración lo recuerda: «*Señor Jesucristo, que dijiste a los*

apóstoles: mi paz os dejo, mi paz os doy, no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos». La fe de la Iglesia: La manera en que esta fe es presentada no es indiferente. En otros tiempos todas las verdades estaban situadas en el mismo plano y debían ser aceptadas o rehusadas en bloque. En realidad todo no está en el mismo plano. Todo es importante pero en su propio lugar, más o menos central. Hay como una «jerarquía» de las verdades.

10. El perdón es el primer don del Espíritu Santo, hasta el punto de que es posible decir: allí donde hay perdón, está Dios. En reacción contra una posición justiciera respecto al pecado, algunos han creído que, para desculpabilizar al ser humano, era necesario negar el pecado. Forzosamente hay que constatar que una actitud tal, lejos de desculpabilizar, difunde y extiende la culpabilidad en todo el ser. Otros, atrapados por el vértigo de una culpabilidad inaprensible, querían primero perdonarse a sí mismos para ser perdonados por Dios. Muy a menudo, replegándose bajo el peso de los remordimientos, intentan escapar al vértigo de la culpabilidad poniéndose a acusar a los demás. Este vértigo les hace tanto daño que se descargan de su culpabilidad culpabilizando a los otros.

Dios no nos quiere ebrios de culpabilidad sino llenos de perdón y de confianza. El sacramento de reconciliación está ahí para aportar la certeza personal del perdón de Dios y para liberar del pasado a fin de vivir el hoy.

11. Ver Flp. 3.13 y Mat. 6.34. En quien se aferra al pasado pueden surgir nostalgias, arrepentimientos o vergüenzas. ¿Sería preciso intentar olvidar el pasado? Pero la memoria es tenaz. Y por otra parte el pasado nos ha construido también positivamente. Lo que importa, es descubrir el continuo perdón de Dios. El perdón libera de esta parte del pasado que encierra, nos hace libres para crear con lo que hoy está delante de nosotros. El miedo del pasado como el del futuro, la incapacidad de vivir el hoy, pueden llegar hasta hacernos presa de estados neuróticos.

12. Mt. 26.37-41.

13. 1 Jn. 3.20.

14. La oración en torno a la cruz es uno de los momentos en el que lucha y contemplación se apoyan la una sobre la otra. Poner el ycono de la cruz en el suelo, ir a colocar la frente sobre el madero de la cruz, depositar en Dios con una oración del cuerpo las propias cargas y las de los otros, es acompañar al Resucitado que está en agonía por los que conocen la prueba a través de la tierra. Esta oración se acompaña de una intercesión por los que conocen el sufrimiento, pero también de la renovación de un compromiso por los olvidados de la sociedad.

15. A los que están retenidos lejos de la fe a causa del sufrimiento humano, no se les dirá nunca bastante: Dios no quiere ni el sufrimiento, ni la guerra, ni la muerte, no atormenta la conciencia humana. Sino que el Resucitado acompaña a cada persona que conoce el sufrimiento.

16. En febrero de 1982, un polaco, padre de uno de nuestros hermanos, Marian Durski, escribía desde Polonia su preocupación por tantos jóvenes que buscan la paz. El murió algunas semanas después y su carta es como un testamento espiritual. Escribía: *«Pienso en tantos jóvenes que, sin haber querido la guerra, se encontrarían obligados, en caso de guerra, a sacrificar su vida. ¿Podemos imaginar que jóvenes, por ejemplo los que se reúnen en Taizé, sean un día obligados a disparar unos contra otros? Estoy cada vez más convencido de que uno de los derechos fundamentales de un hombre libre debería ser el de poder renunciar a este acto insoportable que es el de provocar la muerte, el de matar.»*

17. Desde hace mucho tiempo, numerosos jóvenes dirigen llamadas al compartir y a la paz y esperan que sean respondidas. Demasiado a menudo sus llamadas son oídas pero caen en el vacío. Para estos jóvenes el futuro parece bloqueado. En Occidente, tienen la impresión de que la generación mayor está dispuesta a darles bienes materiales, dinero personal, subsidio de paro, etc., pero no les ofrece el tomar parte en la construcción de la sociedad. Al no ser ejercidas, sus capacidades se agotan en el vértigo del desánimo, y sus dones pueden ser anestesiados. Sin embargo jóvenes de todos los pueblos de la tierra pueden construir la paz suscitando una reconciliación, tanto en el Sur como en el Norte, en el Este como en el Oeste.

18. Santa Catalina de Siena murió en 1380, a la edad de 33 años.

19. En la noble vocación ecuménica, hemos superado el periodo de los pioneros. El movimiento y las instituciones ecuménicas tienen que proseguir el perseverante trabajo permitiendo una aproximación teológica y un diálogo a distintos niveles. Pero otro modo de caminar ha aparecido. Para poner en práctica en tu existencia la palabra de Cristo «corre a reconciliarte» (Mt. 5.24), cada uno puede ya sin retraso «vivir reconciliado». Por consiguiente cada uno puede anticipar una reconciliación personal, en las profundidades de sí mismo. «Vivir reconciliados», no es buscar el armonizarse al más pequeño común denominador. No es nunca tampoco una nivelación de los fundamentos de la fe. Es reconciliar en sí mismo lo mejor de los dones depositados por Dios en el pueblo de los cristianos durante dos milenios de peregrinación. Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias ortodoxas, es confiarse en la alegría de una presencia, el Espíritu del Resucitado. Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias salidas de la Reforma, es dar su confianza a la Palabra de Dios, para ponerla en práctica en seguida en su existencia. Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de la Iglesia católica, es acoger la irremplazable presencia del Resucitado en la Eucaristía, acogerlo con el perdón dado en la fuente misma de la reconciliación: estos valores profundizados aún más gracias a su actual renovación bíblica.

20. Mt 5, 24

21. 1 Pe 2.4-1

22. Igualmente: reza no solamente por los que te aman o piensan como tú, sino también por los que no te aman o por quienes han tomado otros caminos diferentes a los tuyos (Mt. 5.43-44). La oración por el adversario ensancha, transforma el corazón y el espíritu.

23. Cuando pequeñas comunidades están íntimamente unidas a la comunidad local, la parroquia, manteniéndose en el interior, pueden ser en ella un excepcional fermento de Evangelio.

24. Perder la estima de sus propios dones (son de Dios), perder la estima de sí mismo, esto tira del ser humano hacia atrás. Reaccionar sobreestimándose a sí mismo, por ejemplo en la búsqueda del prestigio y de los honores, no ofrece salida. ¿Sabemos que la voluntad de poder puede conducir a realizarse a sí mismo sobre los despojos de los otros, a pasar incluso sobre el cuerpo de los suyos para obtener el éxito? El consentir sigue siendo un camino: consentir a sus propios límites como a sus propios dones [consentir y no resignarse, lo que sería un camino de pasividad).

25. Hace un año, la «Carta de Varsovia» describió lo que podía ser una «casa de Nazaret». Recordó también en este sentido que la Virgen María mostraba el gesto de la ofrenda: no guardó a su Hijo para ella misma, sino que después de haberlo preparado, lo ofreció al mundo. He aquí por que es bueno ofrecer aquellos que Dios nos confía provisionalmente. En Taizé, nosotros no queremos organizar a los jóvenes que vienen en un movimiento, sino que intentamos comprender con ellos las realidades de la comunidad local, la parroquia, allí donde viven, con todas las generaciones.

26. Hasta tal punto unido al hombre, Dios está presente en todas partes en que se encuentra un ser humano, ya sea en el fondo de una prisión, surcando los espacios interplanetarios o explorando el fondo de los mares.

27. Jóvenes de todos los países participarán en esta Peregrinación Mundial de Reconciliación, en primer lugar localmente, llevando a sus comunidades locales la llamada a las Iglesias, y meditándola con esas comunidades en diversas ocasiones, encontrándose de persona a persona, de familia a familia, de grupo a grupo, de parroquia a parroquia... Esta peregrinación tomará múltiples formas según los lugares. Por ejemplo, algunos se sentirán llevados a ayudar a los responsables de lugares de culto "para que se logre una belleza sencilla, recordando que una creación con Dios puede también pasar a través de los dones artísticos. Igualmente, en una oración común, basta a veces una sola persona para sostener la oración del canto, una de las más bellas expresiones de toda oración.

En cuanto a las etapas de la peregrinación en los diferentes continentes, hermanos de Taizé, con jóvenes, van a ponerlas en marcha sin tardar. El hermano Roger abrió esta peregrinación en Beirut, en la Navidad 1982, durante un encuentro de jóvenes libaneses. En esta ocasión dijo: *«En esta peregrinación participarán no solamente jóvenes sino también niños asociados a personas mayores. Juntos buscarán caminos de confianza entre todos aquellos que están separados por razones políticas. Entre otras cosas, niños y personas mayores podrán preparar modestos regalos para otros niños en sus propios países y también para los de países muy alejados, allí donde las opciones políticas crean separaciones y dividen a toda la familia humana. No es que se trate de favorecer la retirada de un compromiso político sino, en una larga perseverancia de varios años, los niños y las personas mayores nos enseñarán lo que el anciano papa Juan XXIII pedía a todos aquellos que se oponen entre ellos : No busquéis el saber quién estaba equivocado y quién tuvo razón más bien reconciliaros.»*

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr